

mar el árbol á cuyas ramas nos acogemos y cuya benéfica sombra ahora nos cubre.

A imitación de esos santísimos varones, los Padres de la Iglesia fueron devotísimos de la Virgen Madre, y por ende celosos propagadores de su culto. No puedo omitir el testimonio de San Dionisio Areopagita que, al ver á la Santísima Virgen, dijo que, si no tuviera tan arraigada su fé, la creería una diosa. Tan santa, tan hermosa y tan llena de gracias y carismas la contempló. Bien sabéis cuánto propagaron el culto de la Santísima Señora San Bernardo, San Buenaventura, San Ligorio, San Ildefonso y otros muchos santos.

Tratemos ahora de cómo vino á nuestra patria, predestinada para ser Mariana, el culto de la Santísima Virgen.

Todos han leído que Cristobal Colón se embarcó en una carabela que llevaba el nombre de María y que á la isla de las Antillas que descubrió, la Turuqueira, la llamó Guadalupe, donde se levantó un templo que, siglos después, el Señor Pío IX en 17 de agosto de 1877, condecoró con el título de Basílica menor.

En nuestra patria ved cómo se extendió el culto de la Santísima Virgen.

Debemos dar infinitas gracias al Señor, porque nuestros conquistadores hubiesen sido españoles; nos trajeron lo más grande que tenían: la verdadera religión.

El primer altar que se levantó en honor de la Santísima Virgen fué en Tabasco, á nuestra Señora de la Victoria. Os es bien sabido que Hernán Cortés en el máximo templo de México, donde se adoraba á Huitzilopochtli, colocó la imagen de la Santísima Señora en su advocación de los Remedios, y que bajo esta titular se erigió nuestro primer obispado. No debe causarnos extrañeza que los franciscanos, tan acérrimos defensores de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, propagasen entre nosotros su culto en este misterio;

como tampoco que los Domínicos difundieran la devoción del Rosario estableciendo en 1526, en México, Fr. Tomás de San Juan la archicofradía que después aprobó el Señor Paulo IV. No inculparéis á los Carmelitas porque se empeñaran en extender, bajo la advocación del Carmen, el culto de su santa Madre y por propagar tanto el bendito escapulario, como lo hicieron con el suyo los Mercedarios en todos los lugares donde se establecían. Los padres jesuitas fueron en esa época quienes dieron á conocer, amar y venerar á la Santísima Virgen bajo el título de Loreto. Propagada así la devoción de María, no es de extrañar que tuviese en Guanajuato gran veneración la imagen de Nuestra Señora, ya fuese Carlos V. ó Felipe II. quien la haya enviado; en Pátzcuaro, la de Nuestra Sra. de la Salud, que su santo primer obispo Don Vasco de Quiroga les dió; en Zacatecas, la de la Bufo, y la de Zapopam en Guadalupe.

Mas tratemos ya del culto de nuestra amadísima Madre Santa María de Guadalupe.

Del siglo XVI sólo os diré que la primera ermitilla, sin que me ponga á sostener ó refutar si fué construída por los franciscanos, como quiere el padre Florencia, (Estrella del Norte cap, XII) quien no podía concebir que se hiciera en los 14 días que corren del 12 al 26 de diciembre de 1531, vino á ser como la mostaza pequenísima que ha crecido hasta convertirse en este suntuoso templo donde nos hallamos, y que pronto será basílica. Esa ermitilla fué ampliada en 1555 por el Sr. arzobispo Montúfar. A poco tiempo en 1575, tenía ya una cofradía que contaba cuatrocientos individuos (Carta del Virrey Enriquez á su rey.) En 1567 un inglés, Mr. Haukin, visitó esta ermita y escribe que tenía tantas lámparas como días el año. [Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística página. 616, Tomo I. 2ª época) Será un hipérbole, así como que se veneraba en

ella una imagen de plata de la Santísima Señora de estatura natural. En nuestro archivo consta que en 1562, efectivamente se colocó esa imagen; donativo del piadosísimo Alonso de Villaseca, y á esta fiesta vino en Septiembre 15, tanto el Sr. Arzobispo como el virrey; y hubo sumo regocijo. [Anales de Juan Bautista Ms. en el archivo de la Colegiata é Historia de la compañía de Jesús por el P. Florencia núm. 316, cap. II. Lib. V.]

En el siglo XVII vemos que el Sr. Arzobispo García Guerra, quien antes de tomar posesión del cargo pasó en este lugar quince días con el fin de impetrar los divinos auxilios para acertar en su gobierno, colocó en 1609 la primera piedra del templo que su sucesor vino á dedicar en noviembre de 1622. (Escudo de armas núm. 708 y 710 cap. XVII. Libro III.)

Lo que hizo en este siglo aumentar el culto de nuestra Madre Santísima de Guadalupe fué lo ocurrido á causa de un castigo divino. Sabéis que en 1629, el 21 de Septiembre, comenzó una terrible inundación. A cierta alma justa, Sor. Petronila de la Concepción, le reveló el Señor que quería destruir con fuego á México por sus pecados. Acudió á la Santísima Virgen; y ante esa actitud, cual la vemos, con los ojos bajos y las manos juntas sobre el pecho, se desarmó la justicia divina, y en vez del fuego vino aquella inundación. (Sigüenza Paraiso occidental núm. 436.) Entonces, la sagrada imagen de Guadalupe fué trasladada por primera y única vez á la catedral de México, donde permaneció seis años.

Ocúrreseme preguntar: si hace doscientos años el Señor nuestro Dios estaba tan airado con México por el horrendo desacato contra la sagrada persona de su arzobispo, ¿que será hoy? En efecto, su Divina Magestad lo está; pues mucho más se ofende por las faltas de veneración que se cometen contra su Santísima Madre, y contra sus representantes en la tierra, los sacerdotes,

que contra El. Suele preguntarse por qué mueren tantos privados de los sacramentos. La respuesta es bien sencilla: porque en vida despreciaron á los sacerdotes. Estos, en realidad, se hallan hechos objeto del público desprecio; y observamos con dolor que se va acabando la costumbre de descubrirse al ver á un ministro de Dios. ¡Cuán pocos son ya los que besan su mano! Felizmente, con gran consuelo hemos visto que estas prácticas se conservan en algunos lugares del interior; por ejemplo en Querétaro, donde los fieles se arrodillan aún en la calle, cuando pasa, no el hombre, sino el ministro del Altísimo.

Aquí presenciamos, en estos lugares, aún en días sagrados, cómo se profanan por los vicios que durante esta época del año se entronizan. ¿Cómo es que la ira del Señor se contiene? ¡Ah! porque tenemos ciertos pararrayos, formados por.....almas justas, retiradas del mundo, que interceden por nosotros en sus hogares. Por eso, no se desata la ira del Señor sobre México, como se ha desatado en otros lugares. Sin ir muy lejos el año pasado, el Illmo. Señor Arzobispo de Guatemala determinó hacer la visita pastoral en la ciudad de Quetzaltenango: al saberlo los jacobinos, liberales ó masones, que bajo cualquier nombre no son sino enemigos de la Iglesia, decidieron recibir al prelado á pedradas; sábelo éste y se detiene; envía á su secretario para que se cerciorara de semejantes preparativos. No tardó el castigo del Señor, y bien público, son los estragos causados en el mismo día, por una erupción del volcán, la que acabó con dicha ciudad, pereciendo más de cinco mil personas.

Pero prosigamos la narración del culto de Nuestra Santísima Madre de Guadalupe.

La inundación lo promovió en gran manera. Vemos, en efecto, que desde entonces se empezaron á levantar nuevos templos en honor suyo. Cabe á San Luis Potosí

la gloria de que allí se erigiera, en 1658, la primera ermita, convertida después, en 1801, en el magnífico templo que en estos últimos días acaba de restaurar y consagrar el Ilmo. Señor Montés de Oca. En 1661 se erigió en Oaxaca la segunda ermita, donde aconteció en 1665 un incendio en que salió ileso la sagrada imagen guadalupana. Siguió el ejemplo de esas dos ciudades la de Querétaro en 1660. En 1668 se acuñaron las primeras medallas que en el reverso llevaban el motete "Non fecit taliter." De solas dos pinturas que se conocían, la de aquí y la de Santo Domingo, según dice el Padre Gutiérrez Dávila (Historia del Oratorio de México, cap. XVI, número 61, libro I) comenzaron á copiarse y se propagaron muchas imágenes guadalupanas. Se editaron varias historias de nuestra Señora de Guadalupe. En San Francisco de México se estableció la primera archicofradía en el año de 1675. En la cumbre de Tepeyac fué erigida una capilla en 1660, que hasta entonces ninguna había habido.

En el siglo XVIII, el templo construído aquí á principios del anterior, fué demolido; y en 1709 se dedicó el presente, gracias al celo y devoción del Señor Arzobispo Ortega, que en persona colectó las limosnas necesarias para ese fin. En 1708 se levantó en Morelia y cerca del Convento de los Padres de la Descalséz, otro templo. En 1709 otro en Orizaba, cerca del cual estuvo la Venerable Congregación de los Filipenses. En 1721 se fundó la iglesia y colegio apostólico de los religiosos de *Propaganda Fide* en Zacatecas que tantas misiones dieron así entre los gentiles de la parte norte de nuestra patria, como entre los demás habitantes de la Nueva España: al año siguiente, se dedicó á Nuestra Señora de Guadalupe otro templo en Durango, y en Guanajuato en 1733. En 1737 se le juró patrona de la ciudad de México, y después, en 1758, de toda nuestra patria. En 1792 se la erigió otro templo en Guadalajara.

Vemos, pues, multiplicados los lugares consagrados especialmente al culto de la Santísima Virgen de Guadalupe.

En ese mismo siglo (XVIII) vino un devoto Italiano, Boturini, que propagó el culto guadalupano, y llegó á lograr que Roma concediera para Nuestra Madre benditísima de Guadalupe la corona destinada á las imágenes de la Madre de Dios que tienen mayor culto, honor que por entonces no se realizó; pero que hemos visto realizado en nuestros días.

La Santa Sede aprobó el referido patronato, que, con gran entusiasmo, fué celebrado en nuestras iglesias; y concedió oficio y misa propios para el día 12 de diciembre, pues antes la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe se celebraba el 8 de Septiembre.

Pero el acontecimiento más notable en ese siglo, por lo que toca al culto guadalupano, fué la fundación del Cabildo de esta Colegiata, al que tengo la altísima honra de pertenecer. Los sacerdotes que lo han formado hasta hoy han sido propagadores del culto de la Santísima Señora, y han ofrecido en sí mismos, modelos de caridad, de humildad y de virtud, dando á los fieles buenos ejemplos de vida. De su seno han salido seis que han ceñido la mitra, y no han faltado quienes hayan renunciado este honor; y ochenta y cinco han obtenido las ínfulas doctorales. Podría hacer os reminiscencias de muchos, pero sólo me concretaré á cuatro: al Sr. Canónigo Lizardi se debe la conducción del agua potable en este lugar; el Ilmo. Señor Campos, que estuvo cuarenta y nueve años en este Cabildo, construyó esa casa de ejercicios, que tantos bienes espirituales produjo, profanada hoy y convertida en cuartel; el Sr. Abad García Colorado estableció en 23 de enero de 1782 el colegio de infantes, para que fueran como los jilgueros de la Santísima Virgen y alegraran este templo con sus dulcísimas voces, y felizmente han reinado siempre entre

ellos la inocencia y las buenas costumbres: el Sr. Germán promovió que las diócesis de la Iglesia Mexicana celebraran cada mes una fiesta en esta Colegiata en honor de la Santísima Virgen de Guadalupe. Las diócesis entonces eran ocho; en la actualidad son veintinueve; y gracias á aquella feliz iniciativa, el culto ha crecido como el grano de mostaza, y hoy se ostenta cual arbol frondosísimo.

Empero entre estos venerables capitulares hubo uno el doctor Don Francisco Lorenzo de Velasco, que ingresó al Cabildo á los 25 años de edad: su vida no fué nada ejemplar y la Santísima Señora le rechazó, puesto que cambió la almucia canonical por las charreteras, ingresando entre los insurgentes, y tuvo un fin trágico; pues la historia no nos aclara si fué asesinado ó si las aguas de los caudalosos ríos del Sur le arrebataron en sus corrientes.

Por esto cuando ingresé al cabildo, de los venerables ancianos que entonces le componían, oí decir que es preciso andar rectamente para no experimentar igual castigo. En el que he nombrado se ha visto la justicia de la Santísima Señora; como en otro capitular, que vosotros conocéis y que Quintiliano me veda nombrar, se palpa su misericordia.

Pasemos ya á considerar el culto que en el siglo XIX ha tenido aquí nuestra amantísima Madre de Guadalupe.

Llama desde luego nuestra atención el establecimiento de la orden de Guadalupe, que fundó el Emperador Iturbide en 12 de Octubre de 1822. El primer artículo que juraron sus individuos era "vivir y morir en el seno de la Iglesia Católica." Esta institución fué para desaguiar á la Santísima Señora; pues, como dice un predicador franciscano "á la Madre de la santidad por esencia, le repugna esencialmente autorizar la rebelión y el escándalo. Anduvo siempre por los caminos de la justicia; fué el modelo de las virtudes y se sujetó á las

legítimas potestades. Fué, pues, sacrílega profanación fijar su bendita imágen en los estandartes de los rebeldes, colocarla como enganchadora, atizadora é inflamadora de guerra entre hermanos. "Viva Nuestra Señora de Guadalupe y mueran los gachupines!" ¡Proposición escandalosa, impía, errónea é implícitamente herética. La palabra «viva» es una voz que congratula á quien se hace la salva y supone que le complace aquello por lo que se entona el «viva,» y suponer que el robo, el homicidio y la destrucción complacían á la Madre de la Santidad por esencia ¿no es una horrenda blasfemia, un escándalo, error y herejía.?"

No quiero pasar en silencio al General Santa Ana, cuyas cenizas descansan en el Tepeyac, que amó tanto á nuestra Guadalupana, le procuró tanto culto, restauró su orden y mereció morir en el seno de la Iglesia Católica.

Es de notar que anteriormente ningún sacerdote había recibido la consagración episcopal á los pies de nuestra Guadalupana. El primero que la obtuvo fué el antes mencionado Sr. Abad Campos; y su ejemplo ha sido imitado hasta hoy por doce prelados que fueron y son entusiastas propagadores del culto á nuestra Madre y Señora de Guadalupe.

Tengo que mencionar un hecho horrendo, ocurrido el 4 de marzo de 1861 y que muy justamente consternó á esta población y á la nación entera: el despojo que de sus alhajas y de su tesoro sufrió esta Colegiata. Recientemente, en este mismo lugar, se nos refería que en el Santuario de Luján se contaban por arrobas.....(2.) su oro, y por toneladas su plata Nuestra Colegiata no fué menos rica: de plata eran los candiles, lámparas, blandones, candeleros, el altar de la Santísima Virgen, el tabernáculo y la crujía, gracias á la munificencia, entre otros, de los católicos virreyes Condes de Salvatierra y de Linares. Las cenizas de este último reposan

bajo la nave de la derecha; y parte de aquel tesoro se salvó, gracias al Presidente Juárez que, para evitar nuevo despojo, como sucedió en mayo siguiente, se lo adjudicó y legó á su familia, con objeto de que se conservase siempre en este lugar. En ese tesoro no escaseaban el oro ni las piedras preciosas; pero acabó, sea por préstamos que imponían los gobiernos, sea porque en parte fué robado, sea finalmente porque para las dos costosísimas reparaciones que de esta Colegiata se hicieron en 1832 y en 1890, se fundieron muchas piezas de aquel tesoro, prefiriendo esto á exponer su conservación á nuevos atentados. Sin embargo de estas calamidades, el culto á Nuestra Santa Patrona, que no se sostiene ya con bienes materiales, sino con la creciente piedad de los mexicanos, se ha conservado incólume; y lejos de haberse disminuído, ha aumentado y aumenta de un modo admirable, como resultado de esa piedad que subió de quilates con el grandioso acontecimiento del memorabilísimo día 12 de octubre de 1895, cuando después de consagrado este templo, pues no lo había sido, ante una reunión, aquí jamás vista, de Príncipes de la Iglesia y ante incontable número de fieles, fué puesta á la Imagen de nuestra Santa Madre la corona de oro decretada por León XIII, que le profesó singular veneración y amor, y que para honrarla concedió un nuevo oficio, y le dedicó clásicos versos latinos que allí se leen.

Ved, pues, confirmado lo que al principio os decía: el nombre de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe es grande entre todos los pueblos de México, pues hoy cuenta por centenares los templos, capillas y altares en que es venerada y se han desarrollado las pequeñísimas perigrinaciones comenzadas en el siglo XVI (Información de Sr. Montufar) de todos los puntos de la República, merced á la actual facilidad de vías de comunicación. Su culto comenzó pequeño como el grano de mostaza y hoy se extiende por la faz del mundo entero cual

árbol gigantesco, en cuyas ramas nos acogemos todos los mexicanos.

Sí, Virgen Benditísima; por largas tres centurias has manifestado tu amor á nosotros: continúa protegiéndonos. Vuelve tus misericordiosos ojos á la diócesi que hoy celebra esta fiesta; á su Prelado, á su Cabildo, á su Clero y fieles, para que bajo tu egida seamos felices todos en el tiempo y la eternidad.

1 V. Collin de Plancy, Vie des saints; París 1888, tom. III pag. 306.

2. Al llegar el oradar á estas palabras, se le tocó la campana por haber llenado la media hora reglamentaria; en el acto cortó su discurso y calló. Le faltó decir lo que sigue en el texto.

